

Juan Carlos Ruiz Souza (1969-2021)

In Memoriam

El 14 de mayo de 2021 Juan Carlos Ruiz Souza cumplía 52 años. Creo que, para entonces, pese a que su admirable entereza y la naturalidad con que se refería al mal que le aquejaba nos hacía albergar sincera esperanza en una pronta recuperación, él ya intuía que aquel podría ser su último cumpleaños. Lamentablemente, falleció el pasado 3 de noviembre –demasiado pronto–, después de luchar con determinación implacable contra una fulminante y cruel enfermedad. Se lo ha llevado el otoño, su estación favorita, con esos contrastes cromáticos de los que tanto disfrutaba: nada como los aromas de la primavera y los colores del otoño, solía decir. Su ausencia deja un inmenso vacío en todos nosotros y en la moderna Historia del Arte, que encontró en el profesor Ruiz Souza a uno de sus más importantes valedores.

Una nunca está preparada para despedir a un amigo, mucho menos cuando se encuentra en la plenitud de su vida. Juan Carlos, como bien saben cuantos lo conocían, era sinónimo de alegría y vitalidad, derrochaba una energía contagiosa, incluso a veces apabullante, que todo lo impregnaba. Vivía deprisa, con una intensidad desmesurada, casi como si se barruntara de alguna manera, con esa agudeza suya, que debía apurar el tiempo por si se le terminaba demasiado pronto. No recuerdo ni un solo momento con él en el que no hubiera risas o, cuando una situación más solemne lo requería, al menos una mirada positiva y optimista hacia la vida. Ni siquiera quebró su ánimo este infortunio que a todos nos ha consternado: “Estoy muy contento” ha sido, a lo largo de estos últimos meses, su expresión favorita. Celebraba todo cuanto la vida le había ofrecido y se mostraba siempre agradecido.

Curiosamente, este mismo mes de noviembre hará 30 años que tuve la fortuna de conocerlo. Corría el curso 1991/92. Impartía entonces mis primeras clases cuando aún apuraba una beca predoctoral en la Universidad Autónoma de Madrid. Se me había encargado que explicase la mezquita de Córdoba. Aún joven e inexperta, pronuncié las primeras palabras sin apenas atreverme a mirar a los estudiantes, pero un rostro llamó mi atención. Aquel muchacho tomaba apuntes, pero –a diferencia de la mayoría– también observaba la pantalla con atención, escudriñando con mirada inquisitiva cada detalle. Yo entonces no lo sabía, pero, ironías de la vida, era Juan Carlos Ruiz Souza. Pocos años después, aquel estudiante inquieto y curioso publicaría uno de sus artículos de mayor impacto sobre, precisamente, la ampliación de al-Hakam II en la aljama cordobesa. Él me lo recordaba a menudo; le gustaba contar esta anécdota que ahora quiero compartir, solo porque sé que a él le gustaría que lo hiciera y que me refiriera con cariño, allá donde esté, de no hacerlo. Decía que era un vínculo que nos unía para siempre. Sin duda exageraba, fruto de su generosidad, con ese verbo hiperbólico tan característico en él, pero solo se excedía en lo anecdótico.

Poco después de aquel primer encuentro en las aulas, Ruiz Souza obtuvo una beca predoctoral que le permitió incorporarse al proyecto de investigación *Arquitectura Monástica Medieval en Castilla y León*, al tiempo que iniciaba una ambiciosa tesis doctoral bajo la dirección del profesor Isidro Bango Torviso. El tema era monumental –la arquitectura del siglo XIV en los reinos hispanos, tal y como se le propuso en bruto–, pero él no se arredró y supo redirigirlo con el oficio propio de un investigador ya consagrado. Aquella excelente tesis se defendió en el año 2000 con el sugestivo título *Estudios y reflexiones sobre la arquitectura de la Corona de Castilla y el Reino de Granada en el siglo XIV: creatividad y/o crisis*, y sería el punto de partida de numerosas publicaciones sobre las que han sido, a lo largo de estos años, algunas de las líneas fundamentales que han vertebrado su investigación: los intercambios artísticos entre al-Andalus y la Corona de Castilla, o los problemas relacionados con la identidad y la memoria que han condicionado

nuestra comprensión de la rica y compleja realidad del Medioevo peninsular, generando *desenfoques* historiográficos en el estudio del arte medieval hispano.

Fue también en la Universidad Autónoma de Madrid donde Juan Carlos dio sus primeros pasos en el ejercicio de la docencia (1998-2006). En este Departamento dejó buena muestra de su magisterio y de su compromiso con los estudiantes, hasta que una oportunidad profesional encaminó definitivamente sus pasos hacia el entonces Departamento de Historia del Arte I (Medieval) en la Universidad Complutense de Madrid, al que se incorporó en el año 2006. No obstante, nunca se olvidó de la que había sido su “casa”; siguió vinculado a nuestro Departamento a través del Consejo de Redacción de esta revista y como investigador colaborador en diversos proyectos, además de impartir ocasionalmente charlas y conferencias en estudios de Máster.

Durante todo este tiempo se consolidó una amistad que ya no se diluiría nunca, por mucho tiempo que pasara sin vernos. Y es que Juan Carlos tenía la capacidad de hacer que el tiempo se fundiera. Siempre recordaré con cariño nuestras charlas en su casa de Madrid o en la Sierra de Guadarrama: la sobriedad del paisaje castellano, la rica y diversa gastronomía española, el folclore popular, el Madrid de la posguerra, incluso Carmen Sevilla y Lola Flores podían ser tema de conversación, todo ello salpimentado –si se me permite el símil culinario– con sus inquietudes respecto al verdadero significado del granadino Palacio de los Leones, las yaserías andaluzas y su uso en tierras de Castilla para enriquecer la arquitectura simulando lujosas telas, lo efímero y lo permanente, los misterios y metáforas de la Creación, las enseñanzas contenidas en *El collar de la paloma*, el *Libro del Buen Amor*, o el deleite que experimentaba con los versos San Juan de la Cruz, entre tantas otras cosas. Hemos compartido confidencias de juventud, acontecimientos y recuerdos familiares, viajes cargados con nuestros útiles de trabajo, visitas a museos y exposiciones, seminarios y congresos, noches de vigilia y veranos sofocantes sentados al teclado de un ordenador o revisando nuestras viejas fotografías en papel. Todas y cada una de estas vivencias han dejado una huella indeleble en nuestra memoria.

Ya en la UCM continuó su imparable proyección nacional e internacional. Consiguió su titularidad en el año 2008 y pronto tuvo la ocasión de dirigir su propio proyecto de investigación: *El palacio especializado y la Génesis del Estado Moderno. Castilla y Granada en la Baja Edad Media* (2009-2013). A esta temprana experiencia siguió la codirección con su colega y amiga, Susana Calvo Capilla, del proyecto *Al-Andalus, los Reinos Hispanos y Egipto: Arte, poder y conocimiento en el Mediterráneo medieval. Las redes de intercambio y su impacto en la cultura visual* (2014-2018). Con la profesora Calvo codirigía también desde 2019 el proyecto *Al-Andalus, ciencia y contextos en un Mediterráneo abierto. De Occidente a Egipto y Siria*.

Ruiz Souza ha sido autor de numerosos trabajos: sobre la confluencia entre la *qubba* islámica y la capilla funeraria bajomedieval, la cúpula de mocárabes, los palacios de los Leones y de Comares en la Alhambra de Granada, Santa Clara de Tordesillas, Santa María la Real de las Huelgas en Burgos, la mezquita de Córdoba, la fascinante personalidad del arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada y su reivindicación de un pasado compartido, el paisaje monumental y la cultura visual en tiempos de Fernando III, Alfonso X o Pedro I. Algunas de estas publicaciones han sido y seguirán siendo obras de referencia, ineludibles en el futuro. Además, codirigió y coordinó un numeroso equipo de especialistas para dar forma al proyecto editorial *Alfonso X El Sabio (1221-1284). Las Cantigas de Santa María. Códice Rico Ms. T-I-1* (Biblioteca del Real Monasterio del Escorial), obra de la que se sentía orgulloso y que fue galardonada con el primer premio a los Libros Mejor Editados en 2011 por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Son muchas y diversas las cualidades que lo definían. Su generosidad, entusiasmo, compromiso y honestidad han sido destacadas ya por quienes se han hecho eco de tan triste pérdida. Juan Carlos defendía siempre lo que consideraba justo y era fiel a sus principios, aunque esto le acarrearase algún que otro disgusto. Quizás por eso era tan auténtico y sin duda por ello todos, estudiantes, amigos y compañeros, lo queríamos. Nuestro ya añorado colega era la profesionalidad encarnada. Amaba su oficio solo un poquito menos que a su queridísima familia, en cuyo seno siempre encontró la paz y felicidad que todos necesitamos: la complacencia y el apoyo incondicional de su esposa, Carmen, filóloga y colega de profesión; la comprensión de sus cariñosos y extraordinarios hijos: Margarita, Olivia y Santiago.

Su creatividad, ingenio e insaciable curiosidad lo convirtieron en uno de los medievalistas e historiadores del arte más sagaces de nuestro tiempo. En una ocasión, hace ya muchos años, extasiada con sus explicaciones sobre la cúpula de mocárabes, le dije que muy pocas personas podían escuchar el sonido de los colores y ver el color y la forma de los sonidos; él era una de ellas. En efecto, Juan Carlos percibía incluso en una cuarta dimensión imposible para el ojo humano “normal”; gozaba de una capacidad inusitada para enfrentar los problemas desde puntos de vista diferentes a los habituales, provisto de una mirada poliédrica que le permitía ofrecer soluciones inéditas y perspectivas innovadoras, incluso a veces radicalmente, sobre asuntos ya bien conocidos e investigados por historiadores, historiadores del arte y arqueólogos, pero siempre desde el respeto a esa tradición historiográfica de la que todos los medievalistas nos nutrimos y a la que tanto debemos. Juan Carlos no evitaba los desafíos, los buscaba. Disfrutaba desvelando lo que la obra tiene que decirnos, la vida que palpita tras ella, indagando más allá, libre de tópicos y etiquetas. Partiendo siempre del objeto, pero interrogando también a las fuentes, hilvanaba relatos sobre el pasado y recreaba escenarios llenos de vitalidad. Si su mirada crítica generaba polémica, la afrontaba sin temor: trataba de convencer con sus argumentos; nunca se daba por vencido. Su pasión y su sentido del humor no pasaban desapercibidos.

Era medievalista e Historiador del Arte con mayúsculas: amaba la materialidad de la obra de los primitivos flamencos y la belleza manierista del Greco. Vibraba con Velázquez y con Goya hasta el punto de implicarse en una de las polémicas que ha rodeado al genial pintor en la última década: la autoría de *El Coloso*. Una de sus más recientes alegrías llegó con la noticia de que el Museo del Prado había restituido la obra a su autor, un tema con el que se implicó al lado de su amiga, la profesora Jesusa Vega. Ese era Juan Carlos, incapaz de mantenerse al margen en aquello que consideraba justo, poco dispuesto a mirar hacia otro lado: si creía en algo lo defendía hasta sus últimas consecuencias, con el corazón en la mano y su verdad por delante. Esto le llevó a curiosas paradojas: siendo un especialista internacionalmente reconocido se le denegó la entrada en Estados Unidos durante los últimos años por los muchos sellos de Egipto que ilustraban su pasaporte; allí investigaba y colaboraba con la universidad de El Cairo. Leal a sí mismo, no quiso renunciar a lo que él consideraba un pilar fundamental en su investigación.

Este mismo espíritu combativo y apasionado es el que legó a sus discípulos. Su forma de ser y de vivir la profesión hacía que su magisterio fuera muy especial. Juan Carlos disfrutaba con la docencia, emocionaba a sus estudiantes y, como el excelente comunicador que era, despertaba vocaciones. Por eso, pese a su juventud, aún tuvo tiempo de crear escuela. Dirigió tres tesis doctorales en solitario y otras cuatro más en codirección; todas ellas se han defendido en apenas seis años (2015-2021), la última el pasado mes de enero, cuando la enfermedad, recién diagnosticada, había torcido ya su camino. Para sus doctorandos siempre tuvo tiempo, consejos y palabras de ánimo y motivación. Creía en ellos y los alentaba a desafiar los convencionalismos que aún lastran a nuestra disciplina. Ellos recogerán –sin duda lo han hecho ya– su testigo.

Querido amigo, sé bien que con estas líneas no hago justicia a tu arrolladora personalidad y a la huella que has dejado en mí, en tus colegas y en tus discípulos. No es posible condensar tanto en tan poco espacio. La tristeza por tu prematura partida se funde con el agradecimiento y la felicidad que sentimos por haber compartido contigo gran parte del camino. *De los bienes que la sabiduría procura para la felicidad de una vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad*, decía una *Máxima* de Epicuro. Gracias, Juan Carlos, por tres décadas de sincera amistad, por prestarnos tu particular caleidoscopio para ver la vida llena de colores, formas y alegría. ¡Que volvamos a encontrarnos en el *Jardín Feliz de la sabiduría!*

Gema Palomo Fernández